

casamente dotado. La tensión en tales casos puede y suele ser excesiva, y a veces perjudicial, y el éxito poco remunerador. Un buen pedagogo contribuirá como pueda a restablecer el equilibrio.

Según la ley del desarrollo formulada por Kern, *la tensión de ejercicio*, es decir, la diferencia de rendimiento entre el comienzo del ejercicio y el límite de aprovechamiento es mayor en los niños y va disminuyendo con la edad. Según esto las aptitudes se desarrollan más en la infancia que en la edad adulta. Por esto la infancia es la edad de la educación. No hay que olvidar, sin embargo, que unas aptitudes maduran más tarde que otras y que la etapa de maduración es la ocasión óptima para el ejercicio. Antes de ella puede considerarse prácticamente estéril. Según Thurstone, la curva de desarrollo de la capacidad de aprendizaje empieza a decrecer hacia los veinticinco años. Los experimentos no son muy concluyentes en esta cuestión todavía.

Cuando el ejercicio se interrumpe—vg., por practicarse en días sucesivos—, en el comienzo del día siguiente la destreza es menor que al final del día anterior. Ello es debido, según Snoddy, a que actúan simultáneamente el aprendizaje y el olvido. Pero el término medio de los días posteriores es más elevado que el de los anteriores, lo cual indica la realidad y la eficacia del ejercicio. Estos coeficientes de aprendizaje y olvido son distintos según los individuos y las circunstancias. Entre estas circunstancias están incluidos el maestro y sus métodos.

El adiestramiento, capacitación, destreza, habilidad, capacidad, etc., son fruto de la educación y actualización de las potencias. Son más notables en el aprendizaje de los conocimientos instrumentales, como los de lectura, escritura y cuentas; su compro-

bación es más difícil en otras funciones y facultades más espirituales, como las de pensamiento lógico, relaciones cognoscitivas de lo aprendido, sensibilidad, estética y moral, juicio, crítica, etc.

El grado de aprendizaje no es constante siempre. Según la «ley del uso», toda capacidad de aptitud se desarrolla y perfecciona por medio del ejercicio constante, pero no debilita por el desuso. Existen, pues, dos procesos distintos de pérdida, a saber: el olvido de conocimientos aprendidos y la atrofia de la facultad. Esta última es más rápida cuanto menor haya sido el período previo de ejercicio. Lo que se ejercita poco se olvida rápidamente. Esto es un peligro frecuente en los alumnos inteligentes, que aprenden pronto las lecciones y no las retienen por falta de repeticiones y ejercicios.

El sentido y la razón fundamental del ejercicio están en la posibilidad de automatizar las actividades humanas. Lo que al principio del aprendizaje requiere una atención y esfuerzo de voluntad constantes se va convirtiendo, con la práctica repetida, en actividad inconsciente y mecánica. Al mismo tiempo se va ganando en facilidad y seguridad con el hábito. Las operaciones aritméticas, los hábitos de lectura y escritura son ejemplos claros de esta automatización. La ventaja principal que se consigue con este aprendizaje es la de dejar libres muchas energías y el esfuerzo de la atención y de la voluntad para otras actividades y tareas superiores. Si tuviésemos que pensar y deliberar cada paso que damos no podría nuestro espíritu pensar en cosas más elevadas al andar. Con los hábitos no se pierde, pues, libertad, sino que se gana.

Podríamos decir metafóricamente que los buenos hábitos son los que nos hacen ser personas. Y que el ejercicio nos ayuda a ser libres.